

EL DILEMA DE NUESTRO MUNDO: COOPERACION Y SUPERVIVENCIA, O ANARQUIA Y DESTRUCCION

I

Más de un lector se va a preguntar si hemos tardado tanto en «descubrir» el Mundo en que vivimos, y en presentar sintéticamente su trascendental —y trágico— dilema, cuando sobran avisos, impresos u orales, anticipando documentadamente lo que muy esquemáticamente se consigna en estas páginas. No, no hemos descubierto nada; no estamos sorprendidos —aunque sí alarmados— por realidades conocidas desde hace muchos lustros, en algunos casos, y fácilmente previsibles, en otros. Simplemente evocamos la visión panorámica del mundo para que la variedad de los estudios especializados en torno a cuestiones concretas, luego insertos, no distraigan lógicamente al lector, de ésta o de cualquier otra revista parangonable, de lo que constituye el problema básico, el que de algún modo resume y comprende a los demás: que, presentado con crudeza objetiva, es el que indica el título escogido. Nuestro Mundo no puede permanecer mucho tiempo en su actual situación. No se precisa —a diferencia de lo que acontecía en otras épocas históricas, las últimas cercanas— de ninguna guerra, pandemia u otra calamidad generalizada para que se produzca una catástrofe. La mera prolongación de la trayectoria que lleva la presupone. La increíble «edad del terror» se va aproximando rápida —y, lo que es peor, no siempre espectacularmente—, con una rapidez tal, que nos sobrecoge el sentido que puede cobrar el mito de la «aceleración de la Historia». Pues, como veremos, marca una gran diferencia —decisiva— respecto de los innumerables conflictos que ha arrastrado la Humanidad («la Historia es una sucesión de conflictos»).

II

Antes, el Hombre estaba más inerte frente a la Naturaleza y al Medio, ante ciertos eventos peligrosos. Ahora está saturado de adelantos científicos,

a los que atribuye poderes semimágicos. Pero le sirve ese «progreso» de muy poco, o de nada, ante la novedad que cualifica a la crisis actual respecto de sus predecesores: el mundo está tocando el límite de sus reservas en tierras, productos y otros elementos vitales. Ante una desbordante Humanidad actual, la que se duplica cada treinta y seis años —y no cada doscientos cincuenta, como en el siglo XVII— muy desigualmente por cierto. Pues crece mucho más en sus masas pobres («subdesarrollados», dicen los enemigos del lenguaje claro) y permanece estacionaria, o en retroceso, en la minoría no superdesarrollada —el concepto revela inexactitud y soberbia subjetiva—, sino sólo superdotada o aventajada. La que ha venido dirigiendo al Mundo según sus criterios y sus necesidades, que, por lo que hemos visto en los últimos decenios, eran caprichos de derroche. Que recaía sobre productos irreproducibles en buena parte, y que no han logrado ser reemplazados con tantos descubrimientos y ersetzen; y, para colmo, esa minoría, infelizmente rectora de la suerte de todos los humanos, ha estropeado por contaminación o invitalización lo que dejado a su curso natural se reponía de sus mermas. No, la prolongación indefinida del presente no es factible, y, cosa, sorprendente, parecen haberlo descubierto antes las gentes sencillas, que son las más rápidamente afectadas en su desenvolvimiento vital, que los estadistas, conductores y especialistas (los «tecnócratas», marea negra de nuestras sociedades). Juzgamos por la contumacia con que, después de exponer —en conferencias, negociaciones, libros, emisiones, etc.— claramente las alarmantes realidades mundiales, se persiste en los viejos caminos que las causaron, a sabiendas de que llevan al despeñadero. Sea en el siglo XXI o algo después —no mucho—, según sean los cálculos severos u holgados; desde los cantores de la goldenzeit de la civilización del consumo y del «ocio», a los negros augurios de carencias rapidísimas, de agarrotamiento de las megalópolis, de inevitable violencia social, de erosión acelerada de los valores y los lazos morales, etc. O el Mundo rectifica su trayectoria (se comprende que no fulminante, ni uniforme, ni espectacular, ni universalmente: sería mucho esperar que pudiera hacerse así) o el fin de unos tiempos habrá dado al traste con tanto proyecto, tanta palabrería —oral o escrita en solemnes instrumentos diplomáticos, constitucionales o planificadores— y tanta esperanza, sucedidas por trágicos despertares, frente a los cuales hay muchísimo menos pensado, proyectado y prometido.

III

Recapitulemos. Desde el siglo XX, el mundo es uno, no por la homogeneidad de sus dispares cuando no antagónicos elementos—en creencias y propósitos, culturas y condiciones de vida—, sino por la indiscutible interdependencia que traba, para bien y para mal, a las sociedades; que todavía en la época de nuestros padres vivían sus propias vidas, escogían a veces sus propios caminos, sorteando las imposiciones de los fuertes, y conservaban un relativo margen de opción y de cambio, relacionándose, eso sí, cada vez más frecuentemente, con el exterior. Ahora, no: la vida de relación internacional de Afganistán, Mongolia o de Lesotho no son, por ejemplo, iguales a las de los colosos (cuatro: los amigos-competidores, Estados Unidos-Unión Soviética, China y Japón; los demás sólo llegan a respetables secundones), ni aun a la de los pueblos que viven por o para el exterior, como la neutral Suiza o no ha mucho el Líbano o, desde 1904, Panamá. Pero todos dependen de factores y de decisiones que se adoptan allende sus fronteras—porque éstos florecen en nuestro interdependiente mundo, y todos los creen indispensables por lo que se ve—y allende su «soberanía», arcaico concepto en uso, porque a nadie molesta, a algunos envanece y a unos pocos aprovecha la ficción que encierra. ¿No estamos tratando, oficialmente se entiende, que el Mundo sea una constelación de entidades soberanas, y aglutinadas, mediante el fenómeno despeñado más que precipitado de la «descolonización»? Sólo que predicamos y no practicamos, al olvidar a los pueblos y grupos sumergidos que no tienen la suerte de estar clasificados como «dependientes»; y al reemplazar los viejos lazos desiguales, tutorías visibles por todos y en muchos casos humanamente tolerables, por nuevos lazos de oscuras vinculaciones, sin control externo o interno, que empiezan con los ya clásicos satelitismos y terminan con las mil formas insidiosas de penetración y manipulación en lo ajeno, ya se trate de sectas o grupos con barniz ideológico, ya de modestas irrupciones económicas, de las que ha venido gozando de eco—posiblemente efímero—la de las sociedades multinacionales, reverso y no complemento de la vasta red de asistencias, cooperaciones, ayudas, etc., que ha trazado un complicado cuadro en las organizaciones encuadradas por las Naciones Unidas—sobre todo por el ECOSOC—y en sus imitaciones a escala regional; se comprende que, unas y otras, forzosamente desiguales al trazar el balance de sus realizaciones y logros.

IV

Y he aquí algo muy serio para nuestro mundo: que precisa urgentísimamente de una dirección—lo más amplia y concertada posible, lo menos unilateral e impuesta que quepa—común al tratamiento de sus problemas de supervivencia; mas, reconociéndose tal necesidad por la mayoría de los preocupados por el tema, siguen empeñados en prolongar los viejos senderos anárquicos de los objetivos egoístas de poderosos y débiles, del mantenimiento—y aun auge—de los grandes crímenes contra el hombre y el medio: guerra, hambre, odios, devastación, agotamiento, contaminación (como si estuviéramos en los tiempos de aquel llamado estadista de una gran potencia del siglo XVII, que resumía luminosamente su visión de la realidad internacional a su alcance diciendo que no bastaba con que las cosas de Francia marcharan bien, sino que era preciso que las de sus vecinos fueran muy mal). Quizás se haya obtenido algún progreso en esto. A pesar del fanatismo con que un buen comunista medio cree que el Mundo «capitalista»—así, sin más, y sin mirar hacia dentro—es su enemigo, al que no hay que dar tregua hasta que se le entierre, y de los otros fanatismos (que pueden ser los equivalentes de sentido inverso), o simplemente de la permanencia de las miras nacionales o estatales, egoístas, por encima de los sacrificios que exige la cooperación para la supervivencia, nos parece que hasta los más recalcitrantes estadistas y conductores van percibiendo que nadie monopoliza la «razón» internacional, ni puede pretender que valga sólo la suya, ni puede desentenderse de los problemas del prójimo, lejano o cercano, amigo o no, simpático o marcado por una deformación propagandística de increíble capacidad de mantenimiento. ¿Cuáles son las bases cronológicas de la «leyenda negra» antiespañola? O, en otros términos, y escogiendo España como ejemplo, ¿no se nos ataca y aísla continuamente por motivaciones que se asientan sobre un mundo desaparecido hace más de dos siglos? Claro que hubo leyendas negras, felizmente muy breves: la reconciliación franco-alemana—con todas sus reservas, incluida la importante de que Alemania siga dividida—nos parece efectiva, y en 1945 hubiera parecido un sueño. El Japón va a tener casi todos los amigos que quiera, por su habilidad para conquistar a sus vencedores de 1945 y por su capacidad de aproximarse; eso sí, ofreciendo a la vez que pide. Las obstruc-

ciones mentales—tipo Gibraltar—son ya la minoría escandalosa, pese a cualquier propaganda, y no el ejemplo común, de los motivos que han dificultado en otras épocas las relaciones exteriores. Los «voeux» de Estrasburgo huelen a la época paleozoica.

V

Algún lector puede calificar de exagerada la afirmación de que vivimos en plena anarquía internacional, cuando el mundo está erizado de organismos internacionales, pletórico de tratados, y dentro de los Estados, sea cual fuere su régimen, la colectividad—o el Poder—lo traza casi todo, y el individuo, lo poco que le permiten. Esto último no excluye la anarquía internacional; lo primero la disfraza y la complica, pero se combina con ella, y no la suprime. Más aún: crea inseguridad y desconcierto internacionales, porque contra toda previsión lógica, y aun estadística, unas veces funcionan los resortes internacionales preexistentes, otras no, y hasta puede que funcionen en sentido sorprendente. Recuerden el contraste entre la acción de los «cascos azules» en Katanga (ahora «Shaba») y la de las notas soviético-americanas en Suez, cuando la aventura anglo-franco-israelí. Israel aprendió, y después no se ha lanzado a aventuras, sino a empresas seguras, merced al incondicional e ilimitado respaldo yanqui; pero éste ha desencadenado la «crisis del petróleo», erróneo rótulo de lo que puede ser la insurrección de los países con materias primas beneficiadas desde fuera, contra los intermediarios y beneficiarios hostiles o abusivos. Es un proceso que acaba de iniciarse y que ofrece dificultades, pero no son menores los riesgos del contraproceso—la pluma quería escribir «contraofensiva» por esa carga bélica que la diplomacia arrastra en su léxico tras de las apariencias—, como acaba de revelar la tempestuosa (en silencio) Conferencia de Washington, en la que el argumento coactivo de retirar la sombrilla nuclear del Tío Sam ha hecho pasar por su aro a los europeos más o menos reacios. Sólo que los planes del Tío Sam, más simplistas en su objetivo que meditados en su desarrollo, pueden llevar a gravísimas consecuencias. Y nuevo peligroso error en perspectiva: el de que porque los europeos son más vulnerables, los demás quedarían luego indemnes. No, nadie va a pedir que desaparezca por inútil—aunque en muchos casos lo sea, y cuando no, costosa y desigual—la compleja maquinaria de la ONU, ni de las organizaciones regionales. De éstas, alguna se está transformando «desde dentro»

más de lo calculado por su mentores: naturalmente, pensamos en la OEA, y no en el COMECON, sólidamente dirigido nemine discrepante, ni en las embrionarias, como la OUA. En cuanto a las de Europa occidental, no somos magos para profetizar lo que serán dentro de diez años. Pero podemos con sencillez decir que la más conseguida de todas, la CEE, no es ya lo que era, al crearse, e incluso, recientemente, al ampliarse. Eso sí, triste excepción que confirma la regla: no parece que la mentalidad de los «europeos»—no ciertamente comprensiva ni menos generosa—frente a España (país europeo rebautizado de mediterráneo a secas para mezclarlo con otros afroasiáticos) vaya a cambiar pronto, aunque los problemas ahoguen a la Comunidad y cualquier concurso sea deseable. Falta saber la objetividad de los reproches que en sentido contrario nos dirigen los comunitarios, y en los que tememos que figure como elemento silencioso uno que ya maneja la OTAN desde hace lustros: España no interesa, porque, de todos modos, contamos con lo que nos interesa de ella.

VI

A propósito de España, hemos de reconocer que abusamos un poco de nuestro glorioso pasado, con detrimento de la atención consagrable a las realidades del presente. No se trata de que reclamemos un puesto adecuado en Europa, porque extendimos—con Portugal—la europeidad allende los mares hace siglos, o porque la defendimos del turco, que ahora, oficialmente, es más europeo que nosotros (la otra mención, la de defensa del catolicismo, no vale frente a una Europa basada en la pluralidad confesional y laicificante). No hacemos esa invocación, en sí razonable, porque lo que sienten los europeos es molestia porque se hable castellano o portugués, desde Santa Fe a Porto Amelia, en lugar de inglés, francés o italiano, aunque los dos primeros ya se han difundido mucho sin ceder el paso a nadie, y suplantando al que han podido, desde Port of Spain a Manila.

Las invocaciones de las que abusamos, también lógicas e inoperantes para que nuestra voz pese aportando cordura a la locura del presente internacional, se refieren a Vitoria, Suárez y demás forjadores de la primera de las escuelas modernas de Derecho internacional, como expresión de que deben ser criterios morales y jurídicos los que rijan las relaciones entre los

pueblos, y no el aprovechamiento de coyunturas materiales muy variables, de efectos muy complejos, a veces los contrarios de los buscados. Aquellas figuras señeras despiertan respeto gratuito, pero no constituyen modelo válido para los dirigentes de esta complicada época, lo que no puede sorprendernos, porque una parte de la Humanidad ha prescindido de Cristo —o de cualquier figura religiosa en los países de distinta tradición confesional; los mahometanos son de los últimos en perder estas raíces—, y ello atenúa el desastre de lo que han venido siendo sus diplomacias, erigiendo nuevas deidades, de tempestuosa traducción a las realidades, como Marx, y sobre todo al invisible pero omnipresente Mennon. No; a los españoles no nos hacen gran caso, o más exactamente: nos tasan hasta la oportunidad de que se oiga nuestra voz. Que por lo menos no es la de ningún poderoso país, cargado de intereses y de compromisos, entre los 149 Estados que, según nuestra cuenta, componen el planisferio político, incluidas las «curiosidades filatélicas» (Mónaco, San Marino, Maldivas, Granada) y los países divididos, que como tales ya van entrando dualmente en la comunidad internacional. La exclusión de la voz de España, menos grave que otras exclusiones, es ciertamente hiriente. Pero nos ofrece la compensación de no mezclarnos en componendas, cuando menos, turbias y a veces peligrosas. Lástima que no siempre hayamos sabido o podido alejar otras salpicaduras, vivas y potenciales.

VII

Hay consuelos que lamentamos. Uno brota en seguida; los demás dejan oír sus voces (por regla general, salvo excepciones limitadas), pero con tal barullo, y en tal plano de disparidad, que sería mejor restringir los ecos ruidosos —propagandísticos y tendenciosos muchas veces— de tanto foro internacional, solemne o no, rutinario (como las asambleas de la ONU) o extraordinario, ya que de ellos suele salir la confusión, y no la solución, al acuciante dilema mundial que encabeza este comentario: cooperación o destrucción. No es que preconicemos la vuelta a la nunca supresa diplomacia secreta —paralela y a veces dominante de la abierta— ni que tengamos gran fe en los pequeños grupos dirigentes del mundo, encarnados por los tiburones del piélago mundial. La última institucionalización de este sistema, la «pentarquía» de la Carta de San Francisco, fracasó hasta oficialmente, sin tardanza. Más aún tememos a ciertos entendimientos bi o trilaterales, de

tipo directo, excluyente y reservado. Los acuerdos Nixon-Breznev de 29 de mayo de 1972, ¿han mejorado o no la peligrosa marcha del Mundo? Es pronto y faltan datos para responder. Porque si toda détente es inicialmente buena, cuando se transforma en una dictadura bipartita para ajenos y menores, puede ser muy diferente. Y no digamos nada de las reuniones de los «Diez» y de los «Veinte», tocadas inicialmente por la unilateralidad de los intereses materiales de los reunidos.

El Mundo vive sobre un dilema trágico. No hemos descubierto nada al recordarlo. Pero no sobra nuestro comentario, ni ningún otro, porque todas las voces son pocas para sacar del silencio de los hechos en vías de consumación a distraídos y miopes.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

